El migrante involuntario

**Este es el relato de una
persona que buscando
refugio encontró una prisión
que lo liberó**

Roberto Mandeur Cortés

Todos los seres humanos somos migrantes, porque es alguien que migra; que viene del lat. *migrāre*; que es trasladarse desde el lugar en que se habita a otro diferente. Así cuando salimos de la casa al trabajo, migramos, aunque sea en el mismo país, la misma ciudad y con las mismas leyes, lenguas y connacionales; pero nadie es profeta en su tierra...

Contenido

El migrante involuntario.

El inmigrante involuntario

Seas hombre o mujer, la vida es una búsqueda personal por saber quién eres, qué eres, para lo que sirves y qué es lo que harás en tu existencia durante el tiempo que te toque vivir, y en lo que te mueres; porque nadie decide venir al mundo, como nadie decide morir; ni cuándo ni cómo hacerlo; ni siquiera un suicida, porque vino al mundo sin que nadie le pidiera su consejo y se va en un momento circunstancial que nunca sabe que sucede, hasta que sucede.

Los seres humanos, al margen de nuestra genitalidad, de nuestra nacionalidad, de nuestra cultura o educación; somos personas, somos personalidades, somos decisiones, somos errores, somos aciertos, somos integridad, todos somos iguales como animales biológicos, funcionamos igual como entes biológicos, la misma sangre corre por nuestras venas, de diferentes tipos, pero no hay humano que no funcione a sangre; que no respire, orine, defeque, metabolice, excrete, digiera o haga cualquier función orgánica de la misma forma.

Como Homo sapiens, somos iguales, idénticos, equivalentes. Pero como seres simbólicos y culturales no somos iguales, somos totalmente diferentes. La igualdad en la cultura supone algo muy contradictorio, si los seres humanos fuéramos iguales ante Dios, significaría que no hay favoritos, que no hay preferidos, que no

hay elegidos, que no hay favorecidos, que no hay distinguidos o predilectos de ningún tipo; pero todas las religiones muestran lo contrario, donde hay calidades humanas, hay jerarquías, hay deferencias, compadrazgos, iluminados y legos; pero eso no es una jerarquía de Dios, sino de los seres humanos, sus religiones y su cultura. Lo mismo sucede cuando hablamos de la igualdad ante la ley, que significaría que ante ella, todos somos iguales en el sentido de que nadie merece trato especial, distintivo, o privilegiado de una ley protectora; como tampoco de una ley punitiva; que debe ser aplicada en quien la rompe, al margen de su apariencia física, su apariencia simbólica o de su poder adquisitivo; mismo poder que puede usar para comprar a la ley a su favor, para abusar con ella anulada; para comprarla cuando haya sido rota para obtener un beneficio sin castigo.

El problema con la igualdad humana también se intensifica cuando no hay juez imparcial —uno verdadero, real y existente— que determine dicha igualdad, imparcialidad y justicia en la convivencia humana. Es decir, aunque Dios nos haya hecho iguales en derecho a ser valorados y respetados sin distinciones; no es Dios quien se encarga de romper eso, es el ser humano. La ley es un escrito, pero quien la aplica es un ser humano, y si se corrompe; el humano en equipo, contubernio y asociación; corrompe el principio de derecho a la protección legal sin sesgos favoritistas, como al castigo parejo sin elusividad comprada; cuando un ser humano rompe una ley para beneficiarse de ello. Y

si aterrizamos todo esto de la igualdad entre personas; sin un juez comprado, vendido, ciego e imparcial —en lo cotidiano— pues cada sujeto se convierte en juez y cuando dos personas pelean por lo mismo, son dos verdades, dos justicias, dos causas y dos razones; dos jueces que claman tener la razón al mismo tiempo, y ante la ausencia de un juez imparcial, pues ganará el más violento, el más agresivo, el más hábil; muchas veces siendo injusto, inmoral, violento e ilegal; eso no importa, en esta sociedad es más importante ser ganador, que moral y ético; y el ganar está más relacionado con hacer trampa y abusar encubriendo para ganar; y el perder se relaciona más con ser abusado, despojado, violentado o maltratado de manera abusiva.

Como te ven te tratan, como ves tratas, como nos vemos nos tratamos

En nuestra cultura global, la apariencia física es una rúbrica de esto; la belleza, la limpieza, la pulcritud son asociadas imbécilmente a la limpieza moral u honestidad, al éxito, al ganador; y la suciedad, el vestir deficientemente, la fealdad, la esbeltez esquelética, la obesidad mórbida son uniforme del perdedor.

El ganador es superior y el perdedor es inferior; aunque el ganador venda drogas, sea corrupto o un asesino; para acceder a los valores humanos más preciados: sexo, dinero, propiedades,

fama, originalidad, comodidad, belleza, juventud, originalidad, exclusividad e indiferencia.

Pero esto no es problema de los sujetos; la solidaridad, la honestidad, la empatía, la generosidad, la gentileza, y cualquier valor humano llamado moral; son invisibles a los sentidos, no se ven a simple vista, no se portan como traje, vestido, joyería, discurso, carro.

La lealtad, la fidelidad, la integridad no tienen representación física alguna; siempre —tal cual la maldad humana queda oculta a la mirada— la moralidad, la bondad o la valía ética humana quedan ciegas a los ojos ajenos, en cada persona. Por ello, los seres humanos fingen todo el tiempo, trabajan sus fachadas para aparentar ser ganadores, valiosos y buenos; porque los seres humanos que aparentan ser buenos físicamente tienen varias ventajas, serán tratados bien, lisonjeados, valorados y visibles; obtendrán favores de todo tipo por su apariencia de ganador; y serán deseados, envidiados, emulados y también usados de manera negativa por supuesto. Así los seres humanos valoran todo por las apariencias, no pueden ver más allá de ello, por eso es tan importante ser estético, bonito, fuerte, hermoso; porque así te haces visible como ganador, como alguien que vale la pena, aunque moralmente seas horrible, débil, espantoso, egoísta, ruin, peligroso y personalista.

Ningún valor moral que hayas desarrollado te sirve, porque es invisible, y aunque tu apariencia sea de un ganador, te puede hundir, porque el que juzga finalmente es el otro y si decide que tu imagen la estás usando como disfraz para encubrir algo atroz; no hay manera de que lo evites. Tu imagen puede ser usada tanto en tu favor como en tu contra y lo que de ella se juzgue, no depende de ti, sino de tus jueces implacables. Si en ellos está el miedo, la desconfianza, la sospecha, la soberbia y el prejuicio; ni tu imagen, ni tu interioridad moral, podrán servirte de nada para ser tratado en la honestidad que eres, sino para ser tratado en la deshonestidad que te endosan, sin que hubieras hecho siquiera algo para merecer que esa deshonestidad gratuita te golpeará, pasara por encima de ti, te denigrara, te encerrara y te corriera — de un lugar funesto— al cual nunca quisiste entrar; pero al que te invitaron a pasar, para que entendieras la farsa de la migración y vieras el fenómeno por sí mismo; desde una butaca inesperada; desde la inteligencia, desde la educación, desde el análisis y desde una postura humana, totalmente fuera de mi circunstancia personal, sino desde la perspectiva de las instituciones, los sujetos, los presos, los empleados, los criminales y los migrantes a los que conocí por decenas y con los cuales conviví en un nivel que me ayudó a unir el rompecabezas, desde la esclavitud, el utilitarismo, la farsa, el crimen, la corrupción, la falacia, la apariencia, el discurso y la realidad norteamericana.

Nadie es profeta ni en su tierra, ni fuera de ella

Todos los seres humanos somos migrantes, porque es alguien que migra; que viene del lat. *migrāre*; que es trasladarse desde el lugar en que se habita a otro diferente. Así cuando salimos de la casa al trabajo, migramos, aunque sea en el mismo país, la misma ciudad y con las mismas leyes, lenguas y connacionales; nadie es profeta en su tierra.

El inmigrante inmigra, del lat. *Immigrāre*, dicho de una persona que llega a un país extranjero para radicarse en él. También es una persona que va a instalarse en un lugar distinto de donde vivía dentro del propio país, en busca de mejores medios de vida. Como alguien que se va de Toluca a Monterrey o de la Colonia Algarín a la Roma o Santa Fe en busca de mejorar su vida. O como los centroamericanos y personas de todo el mundo que viajan a Europa, Estados Unidos y otros países con desarrollo económico, pero con subdesarrollo moral y ético colonialista actualizado al siglo XXI.

Emigrar del lat. *Emigrāre*, se dice de una persona que abandona su propio país para establecerse en otro extranjero. Como de una persona que abandona la residencia habitual en busca de mejores medios de vida dentro de su propio país.

Dicho de algunas especies animales o vegetales: cambiar de lugar por exigencias de la estación, de la alimentación o de la reproducción.

Así migrar, inmigrar y emigrar implican cambio de lugar, abandono de un lugar por otro para buscar mejores medios; pero no todos tienen ese mismo derecho; en la cultura humana el que pega primero, pega dos veces; el que se fue a la Villa perdió su silla; A mi prójimo quiero, pero a mí el primero. Esto qué implica. En las leyes de la física, dos objetos no pueden ocupar un mismo lugar en el espacio, al mismo tiempo; chocan, se desplazan o se destruyen. Asimismo dos sujetos no pueden ocupar el mismo lugar en el espacio, porque chocan, se pelean, y cada uno buscará desplazar al otro, para quedarse con la tierra o el espacio. Se llama propiedad privada y no hay manera legítima no humana de otorgarle el derecho a una tierra a nadie. Es decir, no hay ley natural alguna que establezca imparcialmente a quién sí y a quién no le pertenece una tierra. El ser humano ha inventado varias legitimaciones: llegué yo primero, tengo más tiempo viviendo aquí, yo la vi primero, yo la tengo más larga, yo la tengo más violenta, mi dios verdadero me da derecho sobre otros, el derecho divino, la superioridad racial, la superioridad intelectual, la material o la económica. Pero todas son arbitrarias, son un acomodo y al ser humanas, son relativas. En esencia, el recurso fundamental del problema con la inmigración es: desplaza, asíéntate y no dejes que otro te la aplique; entonces llegas, matas

a la gente que estaba ahí primero que tú, la desplazas, la marginas, la metes en guetos, en reservaciones, la repliegas, la emborrachas, la drogas, para que no se una y se levante y reclame lo que le robaste y con el tiempo; pues la propiedad privada que robaste, ante nadie que te la reclame con el mismo derecho, fuerza y violencia; pasará a ser tuya por ley, le metes figuras retóricas como padres fundadores, en Dios confiamos, la tierra del libre y el hogar de los valientes; donde eras libre mientras no fueras nativo norteamericano, afroamericano llamado negro, irlandés inmigrante, chino, mexicano; y fueras en cambio anglosajón vikingo colono nacido en América del Norte descendiente de los ingleses que desplazaron a todos los pueblos establecidos en ese territorio en la Colonización de lo que hoy es Estados Unidos. Los anglosajones de América del Norte siempre requirieron mano de obra esclava para desarrollar su nación, que trajeron esencialmente de África, también usaron europeos inmigrantes que consideraban de segunda como los irlandeses a los que les decían negros blancos, chinos, indios llamados pieles rojas, polacos, italianos y todos los pueblos que fueron llegando como mano de obra para que la nata anglosajona los usara como medio, para sus diversos fines agrarios, industriales, mineros, carreteros, ferrocarrileros, como albañiles y para hacer toda clase de trabajo industrial, pesado, peligroso, mal pagado, denigrante y que actualmente hacen los inmigrantes mexicanos y de América Latina que entran a ese lugar en busca de la pesadilla americana,